

to de la vida, ante el dominio de la sensación, el color, una lámina de penumbra, de luna o de agua, la penetración de las sedas a través de la piel que disgrega el cuerpo hasta reducirlo a un núcleo delicado, desnudo, resistente y anhelante... Pero el sensualismo de María Carolina Geel es triunfante, absolutamente vital, vigorosamente absorto en sí mismo.

¿Se puede hablar de estilo en María Carolina Geel? Cuando la vida se presenta como un enigma y angustia como tal, el pensamiento fulgura entre el estilo y los procesos envolventes, como una perla pálida. Pero en la creación puramente sensualista, la palabra y el fluir de la vida interior se identifican porque la vibración psicológica está sujeta a imprevistos y porque la vida se manifiesta como una verdad muy próxima, conocida y absoluta.

En la obra que comentamos, no se revela en realidad un estilo en cuanto a estructura fraseológica, pero sí existe en un peculiar coger los hechos y en la creación de una atmósfera poética, sobria, superior, sugerente de melancolía y de inquietudes trascendentes que permanecen en suspenso y las sentimos sobre la artista como un designio que habrá de cumplirse inexorablemente en dolor hasta alcanzar la plenitud.

En la descripción de sensaciones se percibe timidez, voluntaria restricción, un esfuerzo silenciador que no consigue desnaturalizar la riqueza de una sensibilidad selecta.

Nada de esto, sin embargo, significa que «El mundo dormido de Yenia» corresponda exactamente a las aptitudes reveladas por su autora. Pero desde luego es éxito efectivo el hacerlas reconocer y sentir como elementos con los que una personalidad se impone alta e indiscutiblemente.

<https://doi.org/10.29393/At251-161CJDI10161>

UNA CASA JUNTO AL RÍO.

Este título frío, menguadamente expresivo, guarda como fachada, un simple, puro e inolvidable canto a la vida, al trabajo y al instinto vigoroso, sano.

El primer cuento de esta noble trilogía de Gonzalo Drago, el sexto volumen lanzado por la Colección La Honda, es el proceso elemental y absoluto de un vagabundo del Mapocho que desemboca en el esfuerzo, en la serenidad del trabajo, del refugio propio, construído con el vigor de su dignidad de hombre y por último desemboca en el calor profundamente propio por instinto, por afecto y por procreación, de una mujer prototipo de una clase, de una raza y de la capacidad de sacrificio de toda mujer.

La vida circula libre, sencilla y ruda; coge a un individuo entre humildes circunstancias fortuitas y le moldea el alma armoniosamente.

Pocas veces uno de nuestros escritores había logrado movilizar ciertas fibras recónditas de emoción, como lo ha conseguido Gonzalo Drago, al dibujar con seguridad y limpieza, una fe en el esfuerzo y un bello levantar los ojos sobre las adversidades presentes para fijarlos en las posibilidades de un claro mañana.

Reanima en un sentido desacostumbrado por nuestros escritores, el sentimiento de nuestra raza con la convicción de su capacidad constructiva en amplio significado; por esto «Una casa junto al río», es un sencillo y profundo himno a la vida.

Los elementos dramáticos del segundo cuento nos eran conocidos a través de autores nacionales y extranjeros. El empleado modesto, escrupuloso cumplidor en una firma comercial a la cual da su trabajo cotidiano durante respetable número de años, cuya cuenta limpia de fallas y cimentada en sacrificios, él lleva en el fondo de su vida con amarga satisfacción, como un noble empobrecido puede contemplar su escudo de armas inútil y casi ridículo.

Después de un instante de rebeldía frente al desconocimiento absoluto del valor de una existencia que ha quedado enredada, eficiente, humilde, palpitante entre el mecanismo frío inexorable, el viejo empleado, continúa la rutina que le proporcio-

na zapatos, pan y medicina para los hijos. Y eso basta. Es suficiente para 25 años de cooperación fiel y silenciosa.

Una existencia destrozada por los cuernos y las patas de las bestias en un vagón de ferrocarril. Silencio, anonimato, fosa común. La existencia era nueva, vigorosa, valiente; en ella la luz azul de una gran ternura filial. El llamado de la madre vieja, enferma. El apresuramiento del hijo que se embarca en un convoy de animales para llegar más pronto. La muerte sangrienta y la anulación bajo las patas de las bestias. Tercer cuento de la obra, con luz natural de sentimientos y sombra violenta de muerte, es de una belleza dramática indeleble.

Además hay en él un sabor tan acendradamente nuestro, que se siente gravitar en el espíritu la enorme cantidad de seres de nuestra tierra que desaparecen así, obscura, fatal, absurdamente y a los que nadie busca. Brotan y caen en la tierra como si hubieran nacido directamente de sus entrañas y ella los reclamara para sí, caprichosamente.

El estilo de Drago es terso, desnudo como la piel de un niño; pero bajo él, asciende la humanidad sin retorcimientos, sin estilizaciones, sin parcelación en aspectos. Se palpa una humanidad muy nuestra, limpidez de sentimientos, fatalidad monstruosa, sano calor de entrañas. jugada del destino como una inmensa risa endemoniada.

No se percibe esfuerzo ni rebusca en el autor, es como si la vida depositara en su corazón, el don de sus realidades, como frutal ofrenda.

Con este volumen de Gonzalo Drago, Colección La Honda, dirigida por Nicomedes Guzmán, iza otra de las doce luminosas banderas con que saluda al futuro.

MONSIEUR OUINE.

La vivisección del cuerpo ha sido hecha siéndonos enteramente desconocida su apariencia total y envolvente y como si cada uno de sus miembros, después de torturante auto-análisis,